

Agustín I

Por David Aarón MORALES CORDOVA*

Introducción

UNO DE LOS PROBLEMAS que surge al calificar a personajes históricos (al menos en el caso de México) es que se les quiere examinar o evaluar a razón de los estándares actuales, me refiero en términos éticos y morales, y de los conocimientos y forma de pensar que son la norma de nuestro tiempo. Esto se hace principalmente con los considerados villanos de nuestra historia, como es el caso de Agustín de Iturbide; el pérfido criollo sediento de poder que se autoproclamó emperador y atacó al Congreso cuando éste trató de interponerse entre él y sus ruines planes de esclavizar a la nación. Lo que al parecer la historia de bronce, y la memoria popular que es lo mismo, no perdona a Iturbide es que éste se proclamara emperador, que defendiera a los españoles, los fueros tanto de la Iglesia como de los militares y que persiguiera al Congreso. Pero lo que olvidan quienes toman estas acciones de Agustín de Iturbide como crímenes es que él fue un hombre de su tiempo y que actuó en concordancia con su forma de pensar y sentir con lo que se asemeja a los otros personajes de nuestra historia.

Otro elemento que dificulta cualquier estudio de la imagen del primer emperador de México es que no se le toma en serio. Pese a ser quien logró la separación de España se le ridiculiza y menosprecia, aun cuando la persona que escriba sobre él intente poner en perspectiva su aporte a la nación, un buen ejemplo de esto es la introducción que hace Josefina Vega a la biografía de Iturbide:

Agustín de Iturbide es el único de los hombres que hicieron la independencia de América que no ha pasado a la historia como libertador, que no ha sido reivindicado [...] como padre de la patria y punto de referencia de la independencia nacional [...] Ciertamente careció Iturbide del carisma de algunos de los libertadores o de la profundidad de pensamiento y clarividencia política de otros [...] pero el hecho incuestionable es que México se separó de España en septiembre de 1821 y emprendió la vida como país independiente de la mano de Agustín de Iturbide.¹

* Universidad Autónoma Metropolitana; e-mail: <sscain@gmail.com>

¹ Josefina Vega. *Agustín de Iturbide*. Madrid, Quórum, 1987 (serie *Protagonistas de América*), pp. 7-8.

La cita es larga pero creo que explica bien mi punto. Aun cuando la autora reivindica el papel de Agustín de Iturbide en la historia nacional, no puede evitar menospreciarlo al hacer una comparación vaga con otros libertadores; y si bien hay que darle la razón en cuanto a la profundidad de pensamiento y clarividencia política (siempre y cuando se le compare con personajes como Morelos o Jefferson), debemos recordar que fueron su reputación y su carisma los que llevaron a Iturbide al trono de la recién liberada América Septentrional.

Un ejemplo de que no se le perdona el haberse convertido en emperador es la siguiente explicación de Verónica Zárate Toscazo: “Los intentos por redimirlo siempre lo resaltarían como el libertador y consumidor de la independencia, callando la ignominia de haberse ceñido la corona de emperador”.²

El hecho de que un autor actual use la palabra *ignominia* para referirse a la coronación de Iturbide como emperador, sin remarcar que expresa la opinión de la época en que se dieron los hechos y no la propia, es un buen indicativo de cómo la imagen popular del criollo sediento de poder ha permeado nuestra memoria colectiva, incluso en aquellos ilustrados en el tema.

Un hombre de su tiempo

AGUSTÍN DE ITURBIDE nació en Ciudad Valladolid, en el obispado de Michoacán, el 27 de septiembre de 1783, hijo del español peninsular José Joaquín de Iturbide y de la española criolla Josefa Arámburu. Los Iturbide Arámburu tenían una posición holgada. Agustín estudió en el seminario conciliar de San Pedro en Valladolid y posteriormente ingresó a la milicia en el regimiento provincial de su ciudad natal. La vida de Agustín de Iturbide hasta antes de convertirse en el artífice del Plan de Iguala no dista mucho de la de otros criollos de condición similar de esa época.

Siendo que en ese periodo, además de la sangre y el color de la piel, el lugar de nacimiento tenía gran relevancia, la milicia era uno de los lugares en que los españoles no peninsulares podían tener un buen desarrollo profesional. En especial si se tenían cualidades y Agustín de Iturbide las tenía; era un buen estratega y no le molestaba vivir en campaña, al parecer incluso dijo en alguna ocasión que siempre fue feliz en la guerra.

² Verónica Zárate Toscazo, “Agustín de Iturbide: entre la memoria y el olvido”, *Secuencia* (México, Instituto Mora), nueva época, núm. 28 (enero-abril de 1994).

Irónicamente, esa capacidad estratégica es una de las razones por las que ha sido condenado, aunada a ciertas decisiones que tomó en el periodo que va de 1808 a 1814 aproximadamente. Estas decisiones incluyen el no haber tomado partido por los primeros rebeldes que conoció. Jaime del Arenal Fenochio dice:

Poco después se trasladó a Jalapa, en donde fueron acantonadas las milicias provinciales por órdenes del virrey Iturrigaray, para recibir formación militar y ejercitarse en el oficio de las armas. Aquí debió conocer a otros jóvenes milicianos criollos como Ignacio Allende, Mariano Abasolo, Juan Aldama y Mariano Michelena, quienes participaron al poco tiempo en las primeras conjuras a favor de la independencia del reino.³

Y en *Treinta y nueve cartas inéditas*, Teodoro Amerlinck explica que el capitán García Obeso, a quien Iturbide hace referencia en carta del 17 de abril de 1809, era “don José María García Obeso [...] capitán del Regimiento Provincial de Infantería de Valladolid, que, junto con el teniente del Regimiento de la Corona don José Mariano de Michelena, fue uno de los precursores de la insurgencia”.⁴

Un poco más adelante Amerlinck interpreta algunos párrafos de una carta de Iturbide fechada el 18 de diciembre de 1809. Dicho párrafo me parece casi ininteligible, y el mismo Amerlinck, que a lo largo de su libro interpreta lo escrito por Iturbide, aquí debe haberse encontrado con problemas y por lo tanto sólo conjetura acerca de si Iturbide conocía o no los planes de Michelena y García Obeso. El fragmento de la carta es el siguiente:

En cuanto al giro y parte que deba o no tomarse en el grave asunto a nos. (por diversas vías) interesante, dentro de dos correos hablaré a V. con la extensión e individualidad posible, y podré hacerlo con más conocimiento, porque en el viaje que emprendo mañana a Valladolid y de que me regresaré viernes o sábado inmediato, tomaré la instrucción que me falta en los de la materia pues hasta ahora sólo he oído una parte, y ya V. ve que el asunto es bastante delicado y exige gran política su manejo.⁵

Otra de las decisiones por las que es culpado, al menos por aquellos que saben suficiente de su historia, es por haber rechazado la invitación de Hidalgo para formar parte de la rebelión y lo que es peor aún, haber

³ Jaime del Arenal Fenochio, *Agustín de Iturbide*, México, Planeta, 2002, p. 15.

⁴ Teodoro Amerlinck y Zirión, *Treinta y nueve cartas inéditas de don Agustín de Iturbide y Arámburu*, México, Orión, 1960, p. 29.

⁵ *Ibid*, p. 54.

combatido tan eficientemente a los insurgentes. Sobre la invitación de Hidalgo para formar parte de su movimiento, el único que trata el tema, si bien brevemente, es Del Arenal Fenochio al final de su libro en una cronología de los momentos más importantes de la vida de Iturbide. En cuanto a su capacidad como militar y sus victorias ante los rebeldes, otra vez Del Arenal Fenochio es quien más se refiere a ellas, pero es mejor retomar sólo las más importantes, que dicho autor amablemente enumera en su cronología. Así tenemos que en 1811 interviene en la defensa de Taxco; en 1813 vence a Cos y a Rayón en Salvatierra y en diciembre del mismo año derrota a Morelos; finalmente, en 1814 captura a Matamoros.

Además de sus importantes victorias sobre los primeros insurgentes, los crueles métodos que usó para la pacificación de las zonas que se le encomendaron es otro de los argumentos más usados en su contra. Y una vez más, se le juzga a razón de lo que consideramos correcto hoy en día en términos de guerra y confrontación, pero en ese entonces las cosas eran distintas, y pregunto, ¿por qué se perdona u olvida la violencia que Hidalgo permitió durante el año que duró su movimiento y se condena a Iturbide por usar métodos violentos o crueles, cuando era técnica de la escuela militar del momento? La respuesta resulta sencilla, porque Iturbide no es un héroe y no hay que encontrar el modo de hacerlo aceptable así que todas sus ambivalencias, errores y defectos pueden sacarse a la luz y usarlos en su contra.

Todavía en 1815 la carrera de Agustín de Iturbide va en ascenso, pero para 1816 es truncada por acusaciones de malversación de fondos, aunque sale limpio de dichas acusaciones. A partir de 1816 y hasta 1819 hay muy poca información acerca de lo que ocurre en su vida. Aquellos que sienten atracción por Iturbide consideran estos años como un periodo de iluminación, aunque ninguno está seguro de cómo se generó un cambio tan notable e importante en dicho personaje. Por ejemplo, Del Arenal Fenochio escribe:

A los 35 años, el otrora represor de la insurgencia, el acusado de corrupción y despotismo, acumuló nuevos vicios y manchas morales. Sin embargo, si se comparan sus actitudes, sus procedimientos, sus cartas y su discurso tanto antes como después de estos años, se puede apreciar con facilidad que ocurrió completamente lo contrario. Iturbide cambió: la fiereza dio paso a la conciliación, el ataque a la diplomacia y las armas a las letras.⁶

⁶ Del Arenal Fenochio, *Agustín de Iturbide* [n. 3], p. 43.

Los que no tienen en tan buena estima a Iturbide prefieren creer que fueron elementos externos los que lo llevaron al cambio de forma de pensar, como su relación con los conjurados de la Profesa.

Mucho se ha escrito sobre si los asistentes a las reuniones de la Profesa fueron en realidad quienes proyectaron el plan que en 1821 habría de llevar a México a la independencia y los que encargaron a Agustín de Iturbide su ejecución, pero la verdad es que no hay pruebas fehacientes para afirmar que de aquellas conversaciones saliera un plan concreto.⁷

Y hay un tercer grupo que considera que su cambio de opinión se debió a la oportunidad de hacerse con el poder. Esta última idea convierte a Iturbide en un diablo (personaje maligno que aprovecha cualquier oportunidad para seducir y perjudicar) y el único soporte que encuentra es la mala fe que un autor pueda sentir por su objeto de estudio. Pero la realidad es que nadie puede estar seguro de qué ocurrió durante esos años que llevó al futuro emperador a cambiar de forma de pensar.

El Plan de Iguala

LA Nueva España de 1820 no era la misma que la de 1810. El movimiento avasallador de Hidalgo duró sólo un año, el más racional y políticamente viable de Morelos no lo sobrevivió, los demás héroes de la independencia se mostraron incapaces de revivir el movimiento y mantuvieron su actividad mediante la guerra de guerrillas, sin mayores consecuencias que un dolor de cabeza aquí y allá. Los indultos del virrey Apodaca permitieron que muchos insurrectos regresaran a la vida pacífica sin temor a ser perseguidos. Incluso la economía despuntó en los últimos años de la primera década del siglo XIX. La sociedad novohispana no estaba bien dispuesta en ese momento para otra guerra sin sentido. Por desgracia, la Constitución de Cádiz que acababa de ser reimpuesta en España, amenazaba con reanimar los conflictos en la Nueva España pues las élites encontraban riesgosa su imposición en territorio americano. Entre los que se oponían a dicha constitución y planeaban actuar en oposición a la misma estaban los conjurados de la Profesa.

Uno de los puntos en que la mayoría de los historiadores está de acuerdo es que entre 1819 y 1820 Iturbide entró en contacto con el grupo de la Profesa. Josefina Vega y Del Arenal Fenochio tratan el tema

⁷ Vega, *Agustín de Iturbide* [n. 1], pp. 52-53.

mientras que Timothy Anna no presta atención a ese detalle. Del Arenal Fenochio dice:

Como en el año de 1808, se replanteaba la posibilidad de una independencia para salvar los derechos absolutos del monarca, los conspiradores consideraron que el movimiento sólo podía realizarse con apoyo militar y buscaron a una persona de acción y de reconocida aceptación entre el ejército. El elegido fue Iturbide, quien acudió sólo para acabar de convencerse de que la reacción anticonstitucional provocaría una nueva y más sangrienta guerra civil entre sus paisanos.⁸

Y Josefina Vega afirma:

Los asiduos de la profesa pensaron que la única forma de evitar que “el código maldito” se aplicase en la Nueva España era que ésta se independizara temporalmente [...] pero Iturbide sabía también que no sólo el sector más reaccionario de la sociedad mexicana [...] deseaba en aquellos momentos la independencia.⁹

Sin embargo la idea de los conjurados de la Profesa dista mucho del resultado del Plan de Iguala.

Religión, unión, independencia

LA grandeza política de Iturbide consistió en darse cuenta de que quien llevara a su culminación la independencia sólo podría hacerlo unificando las diferentes partes de la sociedad novohispana: criollos, mestizos y otras castas, indígenas y por supuesto peninsulares. Los primeros insurgentes fallaron en eso. Hidalgo, al parecer, ni siquiera lo consideró y Morelos, pese a su sagacidad política, fue incapaz de lograrlo o no vio la importancia de incorporar a los peninsulares a su plan político; fue en gran medida por ello que ambos planes fracasaron.

¿Por qué la necesidad de incorporar a los peninsulares a la independencia? La razón más práctica es porque ellos poseían el poder político y económico. Aunque hay otra razón, si bien los criollos tal vez no eran la mayoría poblacional, si eran el grupo más importante y un buen número de ellos sentía aprensión ante la idea de salir a masacrar a sus familiares y amigos sólo por no haber nacido en tierra americana. El hecho de que Iturbide incluyera e incluso defendiera a los peninsula-

⁸ Del Arenal Fenochio, *Agustín de Iturbide* [n. 3], p. 49.

⁹ Vega, *Agustín de Iturbide* [n. 1], p. 53.

res mientras tuvo el poder para hacerlo ha llevado a algunos autores, como Roberto Blanco, a argumentar: “Es verdad que Iturbide no piensa en los verdaderos mexicanos, los mestizos, las castas, los indios, y parte y comparte y reparte con criollos y gachupines”.¹⁰

Pero ese tipo de argumento no toma en consideración la realidad de la Nueva España y se sostiene sólo en la ensoñación de la historia de bronce, al tiempo que pasa por alto que los movimientos más populares que se gestaron antes terminaron en fracaso. Aunque es cierto que el Plan de Iguala implica una subordinación ante los peninsulares y los criollos, e incluso Del Arenal Fenochio lo reconoce en su artículo “La consumación de la independencia y el nacimiento del imperio mexicano”:

El Plan de Iguala encontró la fórmula tantas veces buscada para alcanzar la independencia absoluta sin que ésta implicara el resurgir de la violencia entre los grupos sociales novohispanos, la sumisión velada a los españoles, sin riesgo alguno para la religión y la Iglesia católica.¹¹

Hasta donde se sabe el Plan de Iguala fue de autoría única de Iturbide, en el mismo artículo, más adelante, Del Arenal Fenochio lo dice: “Que [el Plan de Iguala] fue obra suya es cosa que no puede dudarse”.¹²

Y por supuesto Iturbide no se cansó de repetirlo mientras pudo, y es que al parecer el futuro emperador nunca pecó de modestia: “Formulé mi plan conocido por el de Iguala, mío, porque solo lo concebí, lo extendí, lo publiqué y lo ejecuté”.¹³ Claro que era difícil ser modesto cuando su idea llevó de manera tan rápida e incruenta a la independencia a una nación que había pasado diez años en guerra civil. Y si bien una vez que tiene el poder no muestra tanta sagacidad política, durante el proceso para hacerse con él hay que admirarlo por su habilidad para unificar las diferentes corrientes e intereses, aunque sea por un breve momento. La forma para lograr esa unificación fue mediante las tres garantías: la religión, la unión y la independencia. La religión daba seguridad a uno de los poderes fácticos de la Nueva España: la Iglesia católica, y al mismo tiempo a la población, que tenía un fuerte sentimiento religioso; la unión permitía que las diferentes facciones dejaran

¹⁰ Roberto Blanco Moheno, *Iturbide y Santa Anna los años terribles de la infancia nacional*, México, Diana, 1991, p. 18.

¹¹ Jaime del Arenal Fenochio, “La consumación de la independencia y el nacimiento del imperio mexicano”, en *Gran historia de México ilustrada*, México, Planeta, 2001, vol. 4, p. 128.

¹² *Ibid*

¹³ Del Arenal Fenochio, *Agustín de Iturbide* [n. 3], p. 50

de pelear pues las incluía a todas, de los indígenas a los peninsulares; y la independencia, ya sea que se le entendiera como tal o como autonomía, apelaba a la gran mayoría, que ya para ese momento sentía deseos de mayor libertad o de franca separación de la metrópoli.

La forma en que Iturbide lleva a cabo su plan, la rapidez con que todas las piezas se acomodan en su lugar, la falta de resistencia, son datos indicativos de que la Nueva España estaba lista para el siguiente paso, y que el éxito de todo plan depende del momento en que se lleva a cabo. Para darnos una idea de la rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos basta un pequeño resumen: primero Iturbide regresa a la vida pública y se hace nombrar comandante general del Ejército del Sur. Lo hace para entrar en contacto con Vicente Guerrero, único insurgente de importancia que se mantiene activo con mayor o menor suerte. En noviembre de ese mismo año (1820) pide que se le asigne su antiguo Regimiento de Celaya. A comienzos de 1821 entra en contacto con Guerrero, el 24 de febrero firma el Plan de Iguala y es proclamado a principios de marzo. En agosto se entrevista con O'Donjú y para el 27 de septiembre, el jefe político de la Nueva España y el libertador, entran a la capital. Si se toma el tiempo desde que regresa a la vida pública en enero de 1821 hasta su entrada a la capital, han transcurrido nueve meses: nueve meses contra diez años de guerra. No es de sorprender que haya sido aclamado.

Claro que el Plan de Iguala tenía defectos. La característica que lo hacía genial para lograr un objetivo inmediato, lo tornaba inviable a largo plazo: su ambigüedad. Josefina Vega afirma: "El Plan de Iguala era lo suficientemente ambiguo como para aunar en torno a él muchas voluntades".¹⁴

Mientras que Timothy Anna dice: "El Plan de Iguala y los Tratados de Córdoba significaban cosas distintas para diferentes personas. Para algunos significaba la creación de la autonomía, para otros la independencia, y para otros más constituía el reconocimiento español del estatus de reino independiente".¹⁵

Otro de los problemas que se destaca en el Plan de Iguala es que desde un comienzo estipula la forma de gobierno, sin dar opción a que una vez alcanzada la independencia se discuta sobre el mismo asunto con entera libertad. Según Timothy Anna: "El Plan de Iguala hizo posible el consenso. Su debilidad fundamental fue que estipuló la forma de gobierno por adelantado".¹⁶

¹⁴ Vega, *Agustín de Iturbide* [n. 1], p. 59.

¹⁵ Timothy E. Anna, *El imperio de Iturbide*, México, Alianza, 1991, p. 11.

¹⁶ *Ibid*, p. 18.

Sin negar la realidad de ese error hay que considerar sus posibles porqués, y el que más rápido llega a la mente es que para un criollo decimonónico de buena familia, católico y realista, que vio a su país desgarrarse durante diez años en una guerra civil sin llegar a nada, la forma más incruenta de lograr sus objetivos (la independencia del país) era mantener en la medida de lo posible los elementos comunes a todos. Estos elementos comunes eran la religión católica, la monarquía e incluso el *statu quo*, aunque este último ligeramente diluido por la idea de unión e igualdad. El hecho de que estas ideas hayan pasado a la historia como un error garrafal o como una traición a los principios democráticos inherentes a la independencia se debe en gran medida a un error de percepción. Si se les va a juzgar como un error colosal está bien, pero entonces habría que juzgar de la misma manera las ideas republicanas que no ayudaron ni a pacificar ni a unificar a la nación, y si se les va a juzgar como una traición a los ideales de la independencia, es justo volver a citar a Timothy Anna: “Los historiadores deben superar de alguna manera su tendencia a suponer que la creación de un Estado republicano era una consecuencia inevitable e inmediata de la separación de España, en México o en cualquier otro país de América Latina”.¹⁷

Claro está que en América Latina los dos casos en que se pasó del estatus colonial al monárquico fueron México y Brasil. Pero ni eso ni el haber fallado son motivos para demeritar el experimento.

O'Donojú y el Tratado de Córdoba

AUNADO al Plan de Iguala se encuentra el Tratado de Córdoba, firmado por Juan O'Donojú e Iturbide para dar la independencia a la América Septentrional. Dicho tratado sufre también de varias dolencias a largo plazo, la principal de ellas es que O'Donojú carecía por completo de autoridad para firmarlos o para liberar a México de sus ligas coloniales con España. Josefina Vega explica: “En los primeros días de septiembre de 1821, un virrey ilegítimo, un jefe político y capitán general sin país que gobernar [...] y el primer jefe de la única fuerza real de la Nueva España [...] llegaban a un acuerdo”.¹⁸

Aquí cabe preguntarse qué lleva a O'Donojú a firmar dichos tratados sin dar pelea, la respuesta más sencilla la da el sentido común: junto al hecho de que O'Donojú había peleado en contra de los dere-

¹⁷ *Ibid.*, p. 34.

¹⁸ Vega. *Agustín de Iturbide* [n. 1], p. 64.

chos absolutos del monarca en España, digamos que era un proto-demócrata y actuó en consecuencia con sus ideales más que con su posición política. La historia del último representante del gobierno español puede ayudarnos a entender esa actitud, ya que defendió a su patria durante la invasión napoleónica y su sabido liberalismo lo hizo acreedor a torturas y encierro por parte del restablecido gobierno borbónico. Roberto Blanco es de esta idea: "O'Donojú se mantuvo firme en su único compromiso, que no era con el rey, ni con las cortes, ni siquiera con España, sino con la libertad".¹⁹ Y más adelante Blanco sigue argumentando: "O'Donojú frente a Iturbide es la verdad frente a la mentira, el hombre en contraste con el rufián: don Juan O'Donojú no es un falso libertador, es el enterrador del poder español en la Nueva España".²⁰ Blanco hace un reconocimiento a los diputados mexicanos en España, a Michelena y a Ramos Arizpe pues fueron ellos quienes lo postularon y convencieron para aceptar el cargo de jefe político de la Nueva España.

Claro que no todas las opiniones coinciden con la de Roberto Blanco. Timothy Anna es un poco más pragmático en su opinión: "O'Donojú creía que, dado que el Plan de Iguala y el Tratado de Córdoba pedían que un miembro de la dinastía española de los Borbones asumiera el trono de México, él había salvado un reino grande y rico para el patrimonio real, así como preservado la riqueza e incluso las vidas de los españoles que vivían en México".²¹

La realidad de la decisión de O'Donojú debe encontrarse en un punto intermedio entre su amor por la libertad y su pragmatismo político. Desafortunadamente los responsables en España no tuvieron la capacidad estratégica de O'Donojú y se negaron a aceptar la autonomía de la Nueva España, así como a mandar un heredero de la Corona y a mantener los lazos con la propiedad más importante de su imperio. Las consecuencias inmediatas para la recién independizada nación no fueron tan nefastas, ya que la metrópoli carecía de la capacidad para llevar a cabo la reconquista, pero sí dificultó (o imposibilitó en algunos casos) el reconocimiento internacional y, por lo tanto, la contratación de créditos que en ese momento eran en extremo necesarios. Asimismo provocó que algunas guarniciones militares españolas se mantuvieran en pie de guerra, por lo que nunca pudo considerarse del todo pacificado al nuevo imperio, además de que permitió que sobrevivieran ensoñaciones de reconquista tanto en la ex metrópoli como en la ex

¹⁹ Blanco Moheno, *Iturbide v Santa Anna* [n. 10], p. 23

²⁰ *Ibid.*, p. 24

²¹ Anna, *El imperio de Iturbide* [n. 15], p. 23.

colonia. Pero en términos prácticos, la negativa de España a reconocer la independencia de la América Septentrional no tuvo repercusiones graves para el imperio en ciernes, excepto tal vez para O'Donoghú pues se vio imposibilitado de regresar a su tierra. Todos los conflictos y toda la oposición fueron internos.

Agustín I

DON Agustín parece haber sido partido en dos personas distintas por la fuerza y los efectos del poder, al extremo de que durante todo el trayecto para alcanzar el imperio asombra por su agudeza mental y por la aptitud de su inteligencia ante los distintos hombres y circunstancias que hubo de afrontar, en tanto que convertido ya en generalísimo primero, y en el emperador Iturbide después, ha perdido su talento y la agudeza se hace roma: hay dos hombres en él; uno inteligentísimo, el otro, que es él mismo pero que de ninguna manera lo es, asombrosamente torpe.²²

El punto de vista que Roberto Blanco expresa en las líneas anteriormente transcritas es secundado por un buen número de estudiosos del tema y por el común de la gente con algún conocimiento de la historia de Agustín de Iturbide. Es necesario reconocer que la astucia y la capacidad política que durante los años de 1819 a 1821 demuestra Iturbide para lograr la independencia de México y de paso hacerse con el poder deja de verse en cuanto es presidente de la regencia. Sin embargo considero que es necesario recordar que no es lo mismo subir hasta la punta de un árbol que bajar de la cima del mismo. Subir, aunque no exento de cierta necesidad de destreza, es más que nada un ejercicio de músculos, bajar es un ejercicio contrario, requiere más ingenio que fuerza. Y no hay que olvidar que aun cuando querían la independencia los novohispanos en realidad no estaban conscientes de todo lo que implicaba y un buen número de ellos debe haber considerado que simplemente significaba el fin de las responsabilidades o de las ataduras.

La independencia

NADIE estaba consciente de las consecuencias de la recién lograda independencia. Ni Iturbide sabía en qué se metía cuando se hizo con el poder ni los demás cuando se le opusieron. Pero el 27 de septiembre

²² Blanco Moheno. *Iturbide y Santa Anna* [n. 10], p. 9.

de 1821 eso no importaba. La capital de la nueva nación era todo júbilo. Del Arenal Fenochio dice: “El 27 de septiembre de 1821, el victorioso ejército de las tres garantías, con Agustín de Iturbide a la cabeza y vestido de civil, recibió las llaves de la ciudad de manos del alcalde”.²³

El estado de euforia y de ceguera a favor de Iturbide se mantuvo durante los primeros meses de la independencia. Josefina Vega afirma: “Todos sus contemporáneos —amigos o enemigos— coinciden en reconocer la fascinación que el libertador ejerció sobre sus compatriotas en aquellos momentos”.²⁴ Y Timothy Anna considera que

lo más importante fue la deificación popular del libertador, un hecho apabullante y una fuerza que nadie podía resistir, ni el mismo Iturbide. El “culto a Iturbide”, aun cuando pueda haberse visto algo similar en otros países en otros momentos, quizá fue único por ser auténticamente espontáneo y no manufacturado por el propio héroe ni por sus officiosos aplaudidores. Ni siquiera la gloria que Bolívar gozó en sus momentos de triunfo igualó el culto a Iturbide. Fue primordialmente producto de la alegría y el alivio sin freno ocasionados por la rápida y prácticamente incruenta victoria de Iturbide sobre las fuerzas españolas.²⁵

La explicación de Timothy Anna es la única que no insinúa participación alguna por parte de Iturbide o sus huestes en el culto a su personalidad. Esto, como muchas otras cosas, queda en el área gris mejor abierta a la interpretación, lo que significa que cada quien, según sus filias o fobias, interpretará y creará lo que mejor satisfaga a su curiosidad. Yo tiendo a considerar que si bien debió haber proiturbidistas soplando al fuego de la adoración popular, no necesitaron un gran esfuerzo pues la gente estaba bien dispuesta para venerar a su libertador. Lo cual ayuda a explicar que el pueblo llano no perdiera la fe en él aun cuando las distintas facciones políticas ya lo habían hecho, pero eso es adelantarse.

Problemas Ejecutivo/Legislativo

APENAS liberados de España, se formó una regencia de la cual Iturbide fue nombrado presidente. Aquí se llega de nuevo al área gris, pues desde un principio el presidente de la regencia marcó su distancia de

²³ Del Arenal Fenochio, “La consumación de la independencia y el nacimiento del imperio mexicano” [n. 11], p. 135.

²⁴ Vega, *Agustín de Iturbide* [n. 1], p. 67.

²⁵ Anna, *El imperio de Iturbide* [n. 15], p. 40.

los antiguos insurgentes y escogió a aquellas personas con las que tenía más en común, esto es, los realistas, las viejas élites, los tradicionalistas. Esto puede verse como un acto de alta traición pero también puede interpretarse como un acto de pragmatismo político, pues en realidad Agustín de Iturbide no le debía nada a los viejos insurgentes, siendo la excepción Guerrero, además de que estaba consciente de las diferencias ideológicas. A lo anterior puede agregarse un elemento más, el equilibrio de fuerzas; quienes más poder tenían, pues la guerra en realidad no los había despojado, eran aquellos que terminaron representados en la regencia: religiosos, militares, mineros y otros miembros de las élites. Josefina Vega aclara: “Desde el primer momento Iturbide quiso marcar muy claramente la distancia con todo lo que recordara la lucha por la independencia de los años 1810-1816”.²⁶

Timothy Anna comenta:

La junta que finalmente se creó incluía 38 hombres, todos elegidos por Iturbide de entre la alta burguesía, el clero, la milicia, la aristocracia terrateniente o noble [Y más adelante que] después de haber ganado la lucha por la separación de España, Iturbide estaba más interesado en seleccionar conservadores o tradicionalistas, hombres que sostuvieran ideas similares a las suyas con respecto a la conveniencia de la monarquía y la necesidad de defender a los españoles europeos.²⁷

Ni la adoración popular ni la regencia a la medida significaron la ausencia de problemas. De hecho, los problemas con la regencia no tardaron en aparecer, el pretexto fue la creación del poder legislativo. Josefina Vega explica: “Hubo conflicto entre la junta gubernativa e Iturbide con respecto a las elecciones. La primera proponía dos cámaras, el segundo una [...] se acordó un híbrido entre ambas propuestas”.²⁸

Timothy Anna es quien más se extiende acerca de los conflictos con respecto al poder legislativo y explica que en un principio se iba a imitar la forma de elección de España, pero la escasez de información censaria impidió ese procedimiento. Después se sugirieron ciertas modificaciones que rompían con el sistema español, como elegir un diputado por cada cincuenta mil habitantes en lugar de cada siete mil, así como permitir que todos los habitantes del imperio pudieran votar —léase todos los hombres mayores de edad—, sin distinción de oficio y que cada provincia pagara por los gastos de su representante. Tam-

²⁶ Vega, *Agustín de Iturbide* [n. 1], p. 71

²⁷ Anna, *El imperio de Iturbide* [n. 15], pp. 48-49.

²⁸ Vega, *Agustín de Iturbide* [n. 1], p. 72.

bién se sugirió en un principio que existieran dos cámaras, con lo que Iturbide no estuvo de acuerdo y mandó su propia iniciativa en la cual la representación sería con base en la clase social. Timothy Anna remata el tema diciendo: “El resultado fue que, después de un nutrido debate a través de muchas sesiones, la junta combinó las tres propuestas y produjo una amalgama desastrosa”.²⁹

Los representantes serían elegidos según la cantidad de distritos militares de las provincias, pero como se consideró que el número de diputados sería excesivo, se hicieron algunos actos de magia para que el resultado final fuera 162 diputados. Así, el Congreso fue elegido tomando en cuenta una amalgama extraña de profesiones y jurisdicciones sin mucho que ver con la representación nacional.

En cuanto el Congreso quedó formado los problemas de Iturbide cambiaron de jurisdicción, de la junta a la Cámara de Diputados. Y estos dos conflictos han ayudado a crear la leyenda negra de Iturbide. El hecho de que haya más de una versión para esta historia no parece importar. Con excepción de Timothy Anna, el resto de los autores revisados no presta demasiada atención a la actitud de la junta gubernativa ni a la del Congreso. Anna explica que ambos grupos fueron menos que perfectos:

El punto fundamental con respecto a la Soberana Junta Provincial Gubernativa, sin embargo, es que no logró satisfacer las necesidades ni aprovechar las oportunidades que planteaba la tarea de crear un nuevo gobierno. Javier Ocampo, después de analizar todas las reuniones y promulgaciones de la junta durante su periodo de existencia (del 22 de febrero de 1821 al 25 de febrero de 1822) concluyó que el 54 por ciento de sus 125 órdenes y 39 decretos se relacionaba con temas que no eran críticos, ni siquiera necesarios para la organización de una nueva nación recientemente independiente, mientras que sólo el 46 por ciento atañía a cuestiones políticas y económicas sustanciales [...] El fracaso de la junta en atender estas cuestiones fundamentales es más desilusionante a la luz de las grandes expectativas inmediatamente posteriores a la independencia y del hecho de que había cientos de propuestas planeadas durante estos meses por autores de panfletos y hojas volantes.³⁰

En cuanto al Congreso Constituyente, lo primero que hizo fue proclamarse soberano, con lo cual se iniciaron los problemas ya que no tenía autorización para hacerlo. Además, el objetivo primordial del Congre-

²⁹ Anna, *El imperio de Iturbide* [n. 15], p. 64

³⁰ *Ibid.*, p. 54

so era crear la constitución, y eso fue lo que menos hizo. De acuerdo con Timothy Anna:

El problema primordial era que el Soberano Congreso Constituyente había adquirido el hábito de legislar y pasaba la mayor parte del tiempo en ello, olvidando su tarea básica, que era crear una constitución y dar paso a la elección de un Congreso regular [y más adelante] No se aprobó una sola ley en el Congreso que se ocupara de la crisis fiscal a la que se enfrentaba México. Buena parte del tiempo se había desperdiciado en debates en torno al protocolo y a las formas.³¹

Y un comentario más, que con un poco de buena fe puede matizar, me parece, la imagen de monstruo tiránico que pesa sobre Iturbide:

Alamán [...] creía que Iturbide tenía el deseo genuino de que el Congreso se reformara a sí mismo. A fines de septiembre de 1822, según Alamán, Iturbide se percató de que él y el Congreso podían seguir coexistiendo, y pese al consejo de parte de sus oficiales de que disolviera el Congreso, prefería una fórmula como la de Zavala que haría operable ese organismo al limitar su tamaño y restringir las distracciones que ocupaban improductivamente su tiempo.³²

Anna sigue adelante narrando y menciona que incluso hubo intercambio epistolar entre Iturbide y Bustamante (en ese momento preso) acerca de la importancia de mantener vivo al Congreso. Las pruebas que ofrece Timothy Anna son viables siempre y cuando no se esté demasiado afectado por la leyenda negra, pero debo insistir en que todo eso cae una vez más en ese espacio gris de la interpretación en que los hechos históricos son claros hasta cierto punto, pero los motivos de los personajes que los llevan a cabo nunca serán del todo esclarecidos; por lo tanto es cuestión de cada quien decidir qué interpretación le da a los hechos. Y un buen ejemplo es Roberto Blanco:

Los historiadores de oficio insisten siempre en la indispensabilidad de la documentación. No quieren entender, por eso resultan falsos pero aburridos, que los documentos raramente son de fiar y que aun en los casos de indudable autenticidad es necesario recordar que son obra humana y que el hombre es el animal que piensa, reflexiona, calcula y engaña. Quien lea, para

³¹ *Ibid.*, pp. 103 y 129.

³² *Ibid.* La propuesta del diputado Zavala consistía en una reducción del número de diputados.

dar un ejemplo extremo, el testamento de Iturbide sentirá, si ignora al hombre que lo escribió, más que admiración, pasmo ante tanta bondad.³³

O lo que es lo mismo, no hay por qué creer nada de lo que Iturbide dijo o escribió. Aunque no todas las opiniones que tratan de encontrar mensajes entre líneas son tan extremas como las de Roberto Blanco. Josefina Vega dice: “Al sugerir la reducción del Parlamento Iturbide esperaba que la reducción le dejara con una mayoría favorable y así convertir al Congreso en un instrumento de su voluntad”.³⁴

Y como corolario a todas estas notas una más de Timothy Anna, pues yo no podría expresarlo mejor: “Uno de los problemas de las historiografías es que rara vez toman en serio las palabras del propio Iturbide”.³⁵

No quiero decir con esto que haya que tener fe ciega en Iturbide y su buena voluntad, o en la de ningún otro personaje histórico para el caso. El escepticismo no sólo es bueno sino necesario para quien hace carrera al estudiar el pasado y a sus personajes, e incluso para aquellos que sólo por curiosidad se acercan al mismo. Pero si no se está dispuesto a darle el beneficio de la duda al personaje que se investiga no tiene caso gastar el tiempo en archivos y bibliotecas buscando datos. En especial con personajes como el emperador de México cuya leyenda negra es tan grande que parece inamovible.

El emperador

LA incapacidad del Congreso para cumplir con la misión para la que fue creado representó un problema para Iturbide aunque no el único. Uno de los conflictos más importantes (y detonante entre otros de su llegada al trono) surgió cuando el presidente de la regencia pretendió aumentar el presupuesto para los militares, obvio pago por los servicios prestados, pero también acción congruente con el origen militar de Iturbide. Torcuato S. Di Tella explica:

Iturbide demandó fondos para un ejército de 36 000 hombres y amenazó con renunciar si no se le concedía. El Congreso autorizó fondos sólo para 20 000 y el 17 y 18 de mayo aprobó el reglamento donde hacía incompatible el mando militar y un puesto en la regencia.³⁶

³³ Blanco Moheno, *Iturbide y Santa Anna* [n. 10], p. 24.

³⁴ Vega, *Agustín de Iturbide* [n. 1], p. 89.

³⁵ Anna, *El imperio de Iturbide* [n. 15], p. 51.

³⁶ Torcuato S. Di Tella, *Política nacional y popular en México, 1820-1847*, México, FCE, 1994, p. 129.

Y Timothy Anna menciona:

El único desacuerdo serio entre Iturbide y el Congreso ocurrió poco antes de la pascua, a principios de abril de 1822, debido a que acusara Iturbide de traición a 11 diputados, aparentemente por su oposición a sus solicitudes de incrementar el tamaño del ejército existente.³⁷

La amenaza de renuncia de Iturbide se filtró al pueblo por medio de militares adictos al libertador, lo que terminó en las manifestaciones que lo proclamaban emperador. Torcuato S. Di Tella dice: “Aquella misma noche se desató el golpe, suboficiales como Pío Marcha reclutaron hombres de las zonas más pobres de la ciudad, pidiendo la proclamación de Iturbide como emperador. La medida fue aprobada por los miembros más distinguidos del ala liberal progresista o radical”.³⁸ Y sobre el mismo tema Timothy Anna dice:

En la noche del 18 de mayo de 1822 una manifestación masiva dirigida por un contingente del antiguo regimiento de Celaya [...] marchó a través de las calles de la capital hasta la residencia de Iturbide y demandó que su comandante en jefe aceptara el trono del imperio mexicano. Aun cuando ya se habían levantado muchas voces pidiendo la coronación de Iturbide, casi todos los historiadores contemporáneos, en un reflejo de su propio prejuicio en contra de la gente común, clamaron en la manifestación sólo participaron las clases bajas e insistieron en que tal vez fue Iturbide quien la echó a andar.³⁹

Finalmente la petición popular manipulada o no fue escuchada e Iturbide declarado emperador. Como a la reunión del Congreso en que se le proclamó emperador asistió el pueblo llano, se ha usado ese argumento para exculpar a los diputados, quienes primero lo coronaron y después lo desterraron y condenaron a muerte, aduciendo que la presión popular era de tal magnitud que llegaron a temer por sus propias vidas. También se dice que no hubo quórum y que por lo tanto el decreto que convirtió a Iturbide en emperador carecía de legitimidad; al respecto, Timothy Anna es el único que aborda el tema con números y declara que la información es más que confusa y las distintas versiones contradictorias:

³⁷ Anna, *El imperio de Iturbide* [n. 15], p. 70

³⁸ Di Tella, *Política nacional y popular en México* [n. 36], p. 129.

³⁹ Anna, *El imperio de Iturbide* [n. 15], p. 74.

Es imposible saber con certeza cuántos miembros estaban acreditados entonces para ocupar un lugar en el Congreso, o cuántos de esos acreditados estaban presentes [...] La mejor información que he podido descubrir se basa en la lista de diputados en la sesión inaugural del Congreso en febrero de 1822 que muestra que estaban programados 178 miembros.⁴⁰

Aunque es probable que hubiera noventa diputados, lo cual daría más de la mitad necesaria para sesionar.

Se sabe que antes de su proclamación como emperador Iturbide mandó cuestionarios a los jefes militares, en los que una de las preguntas principales era su opinión sobre la monarquía. Que la mayor parte de las respuestas fuera favorable no debe sorprender a nadie, después de todo el Plan de Iguala proclamaba una monarquía, y aunque ese acto puede considerarse como un sondeo de la opinión popular sobre su ascensión al trono. en dichos cuestionarios no se preguntaba si se quería que el libertador se convirtiera en emperador.

El imperio

EN este apartado se mencionarán los motivos por los que México se convirtió en un imperio al lograrse la independencia. Es necesario decir que en un principio la noción de México no existía como tal, aunque hoy en día la mayoría de los historiadores use el término para referirse a la nación que surgió de la separación de España. Hay que recordar que ni Hidalgo ni Morelos se refieren en realidad a México, hablan de la América Septentrional y la visión al momento de la independencia no era tan distinta en términos geográficos a la de los inicios de la misma. Después de todo, junto con la Nueva España se independizó la Nueva Galicia, las capitanías generales de Yucatán y Guatemala y la audiencia de Guadalajara, y todas pasaron a formar parte del Imperio Mexicano, así como posteriormente lo hicieron Nicaragua, Costa Rica y El Salvador y los planes del emperador incluían la anexión de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo en el futuro mediato. Del Arenal Fenochio explica: “Para crear un inmenso imperio de casi cinco millones de kilómetros cuadrados, el cual sería dueño del control del Golfo de México y el Mar Caribe, además tendría una extensísima costa en el Pacífico, desde el norte de California hasta Panamá”.⁴¹

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 78-79 El Congreso debía estar formado por 162 representantes de lo que hoy se considera México, los otros 16 en la lista eran los representantes de Centroamérica.

⁴¹ Del Arenal Fenochio, *Agustín de Iturbide* [n 3], p. 79

Del Arenal Fenochio explica que, además del espacio territorial y lo irregular de las fronteras, otra razón para declararse imperio venía de la influencia napoleónica: “Las enormes dimensiones del territorio eran argumento válido para justificar dicha denominación, así como la indudable influencia de Napoleón Bonaparte, quien en 1804 estableció su propio imperio”.⁴²

Así, la declaración de imperio no vino de una megalomanía incontrolable sino por razones más bien prácticas. Claro que hoy en día es difícil visualizar las dimensiones del llamado Imperio Mexicano y tal vez por eso resulta incluso absurdo el término *imperio*.

El fin

LA falta de sagacidad política por parte del emperador es una de las razones que se arguyen para su caída y si bien es una de las más importantes no es la única, pues no sólo fue la desaparición del Congreso por orden del emperador lo que le provocó la animadversión de las distintas fuerzas, si acaso la desaparición del Congreso les dio un motivo para dar legalidad a su deseo de destituir a Iturbide. Entre los factores que alienaron a estas fuerzas que muy poco antes lo habían proclamado libertador y que no se opusieron abiertamente a nombrarlo emperador, se encuentran las medidas a las que tuvo que recurrir para mantener a flote al Estado (el país estaba en quiebra), entre ellas los préstamos forzosos impuestos a la Iglesia y a las clases altas y la reducción de sueldos a la administración pública, de lo cual trató de liberar a los militares, con lo que demuestra su congruencia ideológica así como el conocimiento que tenía de donde irradiaba una buena parte de su poder. El hecho de que estas fuerzas se voltearan en su contra tan rápidamente es buena muestra de la noción tan inocente que se tenía de la independencia, ya que consideraban que ésta significaba la desaparición o cuando menos la relajación de las obligaciones para con las estructuras del Estado, así como también es un buen indicativo de la falta de conocimiento de la situación real de las finanzas.

Entre las razones que tuvo Iturbide para desbandar al Congreso se encuentra una conjura en su contra. Torcuato S. Di Tella explica que “a finales de agosto el gobierno afirmó haber descubierto una conjura de ex insurgentes y liberales moderados y detuvo a varios diputados, entre ellos a Teresa de Mier”.⁴³

⁴² *Ibid*, p. 77.

⁴³ Di Tella, *Política nacional y popular en México* [n 36], p. 136

De acuerdo con Timothy Anna “entre los diputados arrestados estaban Mier, Rafael Leandro Echenique, Joaquín Obregón [...] todos eran opositores conocidos al régimen imperial, pero sólo Mier y Anaya estaban involucrados en el plan”.⁴⁴

Queda claro que existió una conspiración dentro del Congreso para derrocar a Iturbide, lo que puede quedar en el terreno de la discusión es la seriedad o posibilidades de la misma y si su existencia ameritaba deshacerse de los diputados. Pero aun cuando se puede discutir y recalcar la mala acción de Iturbide habría que recordar que casi de inmediato se planeó la reforma del Congreso en pequeño para mejorar su funcionamiento, y a los que opinan que la junta instituyente que siguió al Congreso era un títere del emperador, habría que recordarles que en dicha junta hubo varios opositores al mismo.

En cuanto a las manifestaciones y protestas en contra de las acciones de Iturbide, es posible creer en el Plan de Casa Mata, aunque dicho plan no pugnaba por la destitución del emperador, simplemente pedía la reinstauración del Legislativo. El primer movimiento a favor de la reinstauración del Congreso vino de Felipe Garza, comandante militar de Nuevo Santander, quien el 26 de septiembre de 1822 demandó al emperador la liberación de los diputados encarcelados y la reinstauración del Congreso, pero dicho movimiento no generó ningún levantamiento a favor. Timothy Anna comenta: “El hecho de que un levantamiento a favor del Congreso atrajera tan poco apoyo es una indicación cierta de cuan bajo había caído su prestigio hacia septiembre”.⁴⁵

La siguiente muestra en contra del emperador llegó de Santa Anna y casi todos los autores revisados están de acuerdo en que se debió menos al amor republicano que al miedo a ser destituido: “Debido a varios reportes secretos que Echevarri mandó a Iturbide con respecto a la capacidad militar de Santa Anna y a que existían varias quejas en su contra, Iturbide decidió relevarlo del cargo”.⁴⁶

Y Torcuato S. Di Tella afirma: “Tras su destitución como jefe de la guarnición local, Santa Anna proclamó el 2 de diciembre de 1822 que se volviera a reunir el Congreso para que se decidiera el futuro constitucional del país”.⁴⁷

⁴⁴ Anna, *El imperio de Iturbide* [n. 15], p. 114.

⁴⁵ *Ibid*

⁴⁶ Vega, *Agustín de Iturbide* [n. 1], p. 95.

⁴⁷ Di Tella, *Política nacional y popular en México* [n. 36], p. 139.

Timothy Anna dice: “El origen del levantamiento de Santa Anna, como él mismo admitió rápidamente en su autobiografía, fue su destitución del mando del puerto de Veracruz”.⁴⁸

Es interesante destacar que el gran héroe de la independencia, el incorruptible Guadalupe Victoria, se unió al plan de Santa Anna. Y poco después se unieron otros antiguos rebeldes. Pero lo más importante es destacar que Santa Anna no pedía la renuncia de Iturbide y que su plan no tuvo el quórum que probablemente esperaba. Se necesitó del Plan de Casa Mata para que las cosas comenzaran a moverse. Éste fue promulgado por la mayoría de los jefes militares, incluso aquellos que habían sido mandados a Veracruz a combatir a Santa Anna. De acuerdo con Torcuato S. Di Tella: “Echevarri fue mandado a Veracruz para combatir a Santa Anna [...] Tras arrinconarlo cambió de bando [...] El primero de febrero los jefes del ejército imperial firmaron el Plan de Casa Mata exigiendo un nuevo Congreso”.⁴⁹

Josefina Vega también escribe sobre el tema:

Echevarri, Morán y Negrete estaban a la espera de las órdenes de las logias para actuar, y la orden llegó a finales de enero. El primero de febrero de 1823 Echevarri, Cortázar y Lobato proclamaban el Plan de Casa Mata, nuevo plan que pedía la convocatoria de un nuevo Congreso constituyente.⁵⁰

La siguiente afirmación de Timothy Anna me parece importante pues arroja luz acerca de los motivos por los cuales el Plan de Casa Mata tuvo tan grande aceptación:

Así, el objetivo principal del Plan de Casa Mata, como las rebeliones de Santa Anna y la de Guerrero y Bravo, tenía como principal objetivo la restauración de un Congreso constituyente [...] el Plan de Casa Mata declaraba inequívocamente la preservación del emperador.

Es claro que una razón de la rápida diseminación del Plan de Casa Mata fue que dejaba lugar, no sólo para la autonomía provincial, sino también para la descentralización del mando del ejército, dos elementos atractivos para quienes aspiraban a ascender.⁵¹

Resulta impresionante la velocidad con que el Plan de Casa Mata se expandió y la rapidez con que Iturbide perdió el control del país, para quienes gusten ver la ley de retribución en todo, ahí hay un buen ejem-

⁴⁸ Anna, *El imperio de Iturbide* [n. 15], p. 165

⁴⁹ Di Tella, *Política nacional y popular en México* [n. 36], p. 142.

⁵⁰ Vega, *Agustín de Iturbide* [n. 1], p. 97.

⁵¹ Anna, *El imperio de Iturbide* [n. 15], pp. 185-186.

plo para teorizar. El plan fue lanzado a principios de febrero y como dice Torcuato S. Di Tella: “Para marzo de 1823 Iturbide sólo dominaba la capital y sus alrededores”.⁵²

Los problemas económicos

ADemás de la desaparición del Congreso hay otro elemento que ayuda a entender en el contexto la pérdida de popularidad entre las élites. Como ya se dijo, los préstamos alejaron a muchos de los aliados naturales de Iturbide. Pero un caso en particular puede tomarse para dar fecha a dicha separación. En noviembre de 1822 se pidió al Congreso y fue autorizado, el tomar en préstamo forzoso los bienes de un buen número de españoles que dejaban el país, bienes que según Timothy Anna sumaban aproximadamente 1 297 200 pesos. Ese dinero había sido encomendado al general Echevarri que para ese momento era el comandante de la zona. Dicha medida al parecer alteró la sensibilidad de la clase alta, aunada a que por la falta de metálico se recurrió a la emisión de papel moneda, lo que tuvo tan poca aceptación que hubo que obligar a los comerciantes y a los funcionarios a aceptarlo.

Además de la tendenciarepublicana que ya para ese momento iba en franco aumento, hay que tomar en cuenta otros elementos económicos para entender el cambio de mentalidad en las fuerzas que habían ayudado a Iturbide a llegar al trono y que de repente, al ver en riesgo, aunque mínimo, su posición, decidieron buscar nuevos paladines.

La abdicación

COMO se aclaró párrafos atrás, ninguno de los planes postulados entre fines de 1822 y principios de 1823 pedían la abdicación de Iturbide, sin embargo el *impasse* al que se llegó hizo imposible que el emperador mantuviera su poder sin hundir al país de nuevo en los horrores de la guerra. Así que aun contra la voluntad popular Iturbide decidió abdicar.

Como aclaró Timothy Anna, nadie toma en serio a Iturbide, así que su abdicación es vista por muchos como un golpe de efecto o parte de un plan para recuperar el poder. Josefina Vega considera que “su abdicación fue parte de su estrategia para ‘hacerse desear’ y regresar de nuevo como el libertador de la patria”.⁵³ Y Torcuato S. Di Tella: “Iturbide

⁵² Di Tella, *Política nacional y popular en México* [n. 36], p. 143

⁵³ Vega, *Agustín de Iturbide* [n. 1], p. 100

trató de organizar una arenga a sus tropas, informándolas de su retiro, con la esperanza de que se opusieran”.⁵⁴

Iturbide no estaba desahuciado cuando decidió abdicar, podría haber llamado a las fuerzas militares que aún le eran leales y en caso de verdadera desesperación podría haber recurrido a las masas de la Ciudad de México y del país, que para ese momento seguían adorándole ciegamente. Al no encontrar mejor explicación para su abdicación que el patriotismo, se ha buscado calificarlo como golpe de efecto o parte del plan para regresar al poder. Lo cual confirma que cuando se tiene fobia por un personaje a toda acción del mismo se le encontrará una objeción.

El hecho es que Iturbide abdicó y fue desterrado el 30 de marzo de 1823. Los autores están de acuerdo en que el viaje al puerto se hizo por caminos poco poblados para evitar la muchedumbre que la imagen del emperador hubiera provocado. Se estipuló que viviría en Italia, pero al llegar ahí las cosas le fueron difíciles y se trasladó a Inglaterra, desde donde finalmente decidió regresar para ayudar a defender a su patria de una supuesta conjura de la Triple Alianza. El hecho de que poco antes de su regreso se descubrieran intentos de conjuras por parte de iturbidistas no lo ayudó. En cuanto pisó tierras mexicanas fue capturado y fusilado pues poco antes se le había declarado traidor a la patria.

La valentía que mostró a la hora de su muerte tampoco causa ámpula en sus detractores ni el hecho de no haberse enriquecido en el puesto.

Conclusión

Si bien estoy de acuerdo en que la mayoría de las actitudes y acciones de Agustín de Iturbide son interpretables y por lo tanto pueden cuestionarse, considero que su abdicación debería bastar para demostrar que en realidad amaba a su nación y que prefirió perder el poder a que se vertiera sangre por su culpa.

Lo que vivió Iturbide al llegar al poder fue el comienzo de la batalla entre centro y provincia. Una puja que en ser resuelta se llevó la mayor parte del siglo XIX y que costó la pérdida de territorio dos veces: la primera vez con la desintegración del imperio y la separación de las provincias centroamericanas; y la segunda en la guerra contra Estados Unidos, cuando se perdió la mitad del territorio restante por la incapacidad

⁵⁴ Di Tella, *Política nacional y popular en México* [n. 36], p. 148

cidad de las distintas provincias para ver el bien nacional sobre el regional. Ese conflicto entre centralismo y republicanism, latente en buena medida desde la época de la Colonia, se desató con la llegada de Iturbide al poder. Por supuesto, el libertador no podía estar preparado para ese conflicto pues era algo que desconocía, al igual que los demás hombres de su tiempo.

El conflicto se presentó de muchas maneras, ya fuera mediante los problemas con el Congreso o la crisis económica. Pero al final todo se reduce al deseo de las provincias de no estar atadas a un poder central fuerte. Y eso se puede leer en las dificultades que todos los presidentes posteriores a Guadalupe Victoria enfrentaron, pues para gobernar tuvieron que recurrir a poderes extraordinarios y las desavenencias con el Congreso nunca terminaron. No fue sino hasta la llegada de Benito Juárez que se dieron cuenta de la necesidad de centralizar el poder y de las ventajas de un Ejecutivo fuerte. Puede ser que la realidad de hoy en día sea distinta pero no hay que juzgar al siglo XIX por lo que es razonable a comienzos del XXI.

Al destituir a Iturbide lo que sus oponentes hicieron fue abrir la caja de Pandora, sin darse cuenta de todas las desgracias que conllevaba. Esto no quiere decir que el libertador debió haber permanecido en el poder, ya que los hubiera no existen en la historia. Es simplemente tratar de ser crítico al respecto y reconocer que ninguno de los hombres que participaron en los primeros veinte años de vida independiente del país imaginaron las tragedias que acarrearía ese conflicto ni fueron capaces de evitarlas.

Es por eso que la imagen de Iturbide debería ser replanteada a la luz de lo que sabemos hoy en día, no sólo de Iturbide y su tiempo, sino de lo que ocurrió después.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, Eugenio, *Victoria*, México, Joaquín Mortiz, 2005, 607 págs.
- Amerlinck y Zirión, Teodoro, *Treinta y nueve cartas inéditas de don Agustín de Iturbide y Arámburu*, México, Orión, 1960, 87 págs.
- Anna, Timothy E., *El imperio de Iturbide*, México, Alianza, 1991, 236 págs.
- Arenal Fenochio, Jaime del, "La consumación de la independencia y el nacimiento del Imperio Mexicano", en *Gran historia de México ilustrada*, México, Planeta, 2001, 5 volúmenes, vol. 4.
- , *Agustín de Iturbide*, México, Planeta, 2002, 128 págs.
- Blanco Moheno, Roberto, *Iturbide y Santa Anna: los años terribles de la infancia nacional*, México, Diana, 1991, 298 págs.
- Di Tella, Torcuato S., *Política nacional y popular en México 1820-1847*, México, FCE, 1994, 330 págs.
- García Cárdenas, Luis, "Antecedentes y desarrollo de la administración pública federal en México", *Revista de Administración Pública* (México), núm. 54 (abril-junio de 1983).
- Vega, Josefina, *Agustín de Iturbide*, Madrid, Quórum, 1987 (serie *Protagonistas de América*), 155 págs.
- Zárate Toscazo, Verónica, "Agustín de Iturbide: entre la memoria y el olvido", *Secuencia* (México, Instituto Mora), nueva época, núm. 28 (enero-abril de 1994).